

La verdad es que nadie las conocía más que superficialmente ni, por supuesto, querían hacerlo. No se llevaban bien entre ellas, esto era evidente. Si bien una era de natural más amable, lo cierto es que ninguna de las dos se caracterizaba por su jovialidad o simpatía. Aunque, para ser justos, si alguien les daba conversación era sencillamente con el fin último de satisfacer su morbo atisbando por debajo del pañuelo de Gigina.

Su casita tenía un pequeño jardín delante y allí pasaban horas sentadas, quejándose del chirriar de los triciclos. Nadie las visitaba. El resto de los chicos no les prestaban mayor atención que las burlas ocasionales de las que las hacían presas, pero a mi realmente me fascinaban. Pasaba mucho tiempo observándolas y llegué a aprenderme de memoria sus rutinas. Intenté acercarme a ellas, sin suerte. Creo hoy que no fue frialdad de su parte sino, más bien, que mis dos trenzas y mi juventud les recordaban todo aquello que ya no podrían tener ... la esperanza de un futuro. Con todo, mi curiosidad pudo más y un día hallé la forma de colarme allí. Conocía sus tiempos y apenas salieron hacia el almacén de Don Julio salté, sin ser vista, la verja y me metí. No cerraban la puerta, tal vez porque no había nada de gran valor o, sencillamente, porque a principios de los 80, en los barrios, nadie lo hacía.

Una vez dentro me invadió una angustia que pocas veces he vuelto a sentir. Aquella casa olía distinto y parecía detenida en el tiempo. ¿Nunca han notado la soledad que inspiran las casas sin niños? ... tan silenciosas, tan oscuras y tan quietas. Para mi sorpresa, estaba plagada de fotografías que hacían pensar en épocas de vínculos para ellas. Me intrigaba cada vez más su vida pasada: ¿por qué vivían en el ostracismo si aquellos retratos escupían vida, hablaban de compañías y de alegría? Y algo más, en aquellas fotografías Gigina era una joven hermosa y su piel lozana no tenía cicatriz alguna. Rebusqué en los cajones: facturas, papeles con anotaciones en caligrafía muy parecida a la de mi abuela, imágenes de santos y, debajo de todos esos papeles, un viejo sobre de color madera, rasgado y con un pilón de cartas -atadas con un cordel- en su interior. Me detuve a leerlas y perdí por completo la noción del tiempo.